

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 19

Marzo de 2009

Palabra de Dios

“Pero no te ruego solamente por ellos, sino también por todos los que, creerán en mí por medio de su palabra. Te pido que todos sean uno, Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado, y que los amas a ellos como me amas a mí. Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo, en cambio, te conozco y todos estos han llegado a reconocer que tú me has enviado. Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer, para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté en ellos”.

Jn 17, 20-26

Índice

Editorial	1
Enseñanza: “La Iglesia, fundamental en la enseñanza de San Pablo” Benedicto XVI	2
Este Mes: “Don de Fortaleza” Pedro Reyero O.P.	4
Para Meditar	10
El Rincón de los Testimonios	11
Recordemos qué es la Renovación Jim Murphy	12
Noticias...Noticias...Noticias	14
Ideas Para tu Biblioteca	17
A Tu Servicio	18

CUARESMA

Con esta solemne y admirable oración de oblación e intercesión de Jesús queremos acogerlos a todos en esta Pascua. En realidad es el mismo Jesús quien quiere expresar sus sentimientos hacia cada uno de vosotros. Por tanto, queremos dejar que sea Él quien os hable y toque vuestro corazón desde este momento.

Lo primero que nos dice, al llegar, en su oración, es que nos quiere. Porque amar es dar la vida por los demás. Y Jesús pide al Padre que acoja su vida, que quiere entregarla por los que ama. Y los que ama somos nosotros. En su última noche en este mundo no cesa el Señor de repetirnos su amor. Momentos antes había dicho en la Eucaristía: esto es mi cuerpo que se entrega... esta es mi sangre que se entrega por vosotros. Ahora pide lo mismo a su Padre: quiero inmolarme para que tengan vida todos los que tú me has dado.

Jesús ha llegado a la plenitud de su vocación. Va a ser inmolado. Y por él sabemos que toda vocación que no termina en una oblación de la vida no es cristiana. Así sucedió en Él. Así en sus discípulos. Así en nuestros primeros hermanos de cuya sangre hemos nacido. Así en la Iglesia, inmensa eucaristía que, siglo tras siglo, repetirá la inmolación de Jesús... repetirá al mundo el amor de Dios.

Porque la Iglesia, cuerpo de Cristo, no tiene otra vocación que la del grano de trigo enterrado en este mundo, ofrecido e inmolado. Sólo así es sal de la tierra y luz del mundo. Por eso, la Renovación carismática católica en el Espíritu tiene que ser, en la Iglesia, la gran profecía del abandono, de la inmolación en las manos de Dios para este siglo; profecía de la acogida de lo divino fermentando en la tierra y convertido en don, en carisma que llega y ya ha llegado hasta los confines de la tierra.

El mismo Espíritu de Jesús, abandonándose al Padre en obediencia, es el que conduce nuestras almas.

Y es precioso que el cuerpo de Cristo sienta como la cabeza. Porque eso significa que tenemos la misma vida, que sintonizamos con el cielo.

Desde este amor entregado “intercedió al Padre por nosotros”.

La obediencia profunda a los planes de Dios estremece a la carne y a la sangre. Jesús lo sabía muy bien. Y sintió ternura por los suyos. Y acudió al corazón del Padre, el único lugar de misericordia. Tan gran vocación como tenemos en tan gran pobreza estremece a Jesús. Por eso repite con tanto amor: Padre, cuida a los que me has dado y le recuerda aquellos viejos textos del Éxodo, del camino que él había conocido en el corazón del Padre antes de ser enviado.

Cúdalos... como el pastor cuida de sus ovejas para que ninguna se pierda.

Protégelos... porque los envió como corderos en medio de lobos.

Llévalos sobre tus alas para que no los pueda coger el enemigo.

Graba en su corazón el amor entrañable con que viven en tus entrañas.

Conságralos en la verdad.

Sepáralos del mal.

Úngelos como cálices sagrados para tu servicio.

Dedícalos a ti como velas que se dejan quemar para que el mundo vea.

Repártelos por toda la tierra como sal que dé sabor a vidas insípidas y sin sentido.

Sí, Padre: cúdalos, conságralos, sánalos para el amor: para que sean uno como tú y yo somos uno. Porque atados a sí mismos no pueden ser uno. Porque con heridas no pueden ser uno. Realiza todo esto en ellos para que sean tan felices como lo somos tú y yo. Y viéndolos el mundo crea.

Enseñanza: La Iglesia, fundamental en la enseñanza de san Pablo

Benedicto XVI

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles 15 de octubre de 2008 (ZENIT.org)

(Traducción del italiano por Inma Álvarez - Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana)

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis del pasado miércoles he hablado de la relación de Pablo con el Jesús pre-pascual en su vida terrena. La cuestión era: “¿Qué supo Pablo de la vida de Jesús, de sus palabras, de su pasión?”. Hoy quisiera hablar de la enseñanza de San Pablo sobre la Iglesia.

Debemos empezar por la constatación de que esta palabra “Iglesia” en español, -como *Église* en francés o *Chiesa* en italiano- está tomada del griego *eκκλῆσία*. Procede del Antiguo Testamento y significa la asamblea del pueblo de Israel, convocada por Dios, y particularmente la asamblea ejemplar a los pies del Sinaí. Con esta palabra ahora se alude a la nueva comunidad de los creyentes en Cristo que se sienten asamblea de Dios, la nueva convocatoria de todos los pueblos por parte de Dios y ante Él. El vocablo *eκκλῆσία* aparece solo bajo la pluma de Pablo, que es el primer autor de un escrito cristiano. Esto sucede en el incipit de la primera Carta a los Tesalonicenses, donde Pablo se dirige textualmente “a la Iglesia de los Tesalonicenses” (cfr. después también a la “Iglesia de los Laodicenses” en Col 4, 16). En otras Cartas habla de la Iglesia de Dios que está en Corinto (1 Cor 1, 2; 2 Cor 1, 1), que está en Galacia (Gal 1, 2ss) –Iglesias particulares, por tanto- pero dice también haber perseguido “a la Iglesia de Dios”, no a una determinada comunidad local, sino a “la Iglesia de Dios”. Así vemos que esta palabra “Iglesia” tiene un significado pluridimensional: indica por una parte las asambleas de Dios en determinados lugares (una ciudad, un país, una casa) pero significa también toda la Iglesia en su conjunto. Y así vemos que “la Iglesia de

Dios” no es solo la suma de las distintas Iglesias locales sino que estas son a su vez realización de la única Iglesia de Dios. Todas juntas son la “Iglesia de Dios”, que precede a cada Iglesia local y que se expresa y realiza en ellas.

Es importante observar que casi siempre la palabra “Iglesia” aparece con el añadido de la calificación “de Dios”: no es una asociación humana, nacida de ideas o intereses comunes sino de una convocatoria de Dios. Él la ha convocado y por eso es una en todas sus realizaciones. La unidad de Dios crea la unidad de la Iglesia en todos los lugares donde se encuentra. Más tarde, en la Carta a los Efesios, Pablo elaborará abundantemente el concepto de unidad de la Iglesia, en continuidad con el concepto de Pueblo de Dios, Israel, considerado por los profetas como “esposa de Dios”, llamado a vivir una relación esponsal con Él. Pablo presenta a la única Iglesia de Dios como “esposa de Cristo” en el amor, un solo espíritu con Cristo mismo. Es sabido que el joven Pablo había sido adversario enconado del nuevo movimiento constituido por la Iglesia de Cristo. Había sido su adversario, porque había visto amenazada en este nuevo movimiento la fidelidad a la tradición del pueblo de Dios, animado por la fe en el Dios único. Esta fidelidad se expresaba sobre todo en la circuncisión, en la observancia de las reglas de la pureza cultual, en la abstención de ciertos alimentos, en el respeto del sábado. Esta fidelidad los israelitas la habían pagado con la sangre de los mártires en el periodo de los Macabeos, cuando el régimen helenista quería obligar a todos los pueblos a conformarse a la única cultura helenista. Muchos israelitas habían defendido con su sangre la voca-

ción propia de Israel. Los mártires habían pagado con la vida la identidad de su pueblo, que se expresaba mediante estos elementos. Tras el encuentro con Cristo resucitado, Pablo entendió que los cristianos no eran traidores; al contrario, en la nueva situación, el Dios de Israel, mediante Cristo, había extendido su llamada a todas las gentes, convirtiéndose en el Dios de todos los pueblos. De esta forma se realizaba la fidelidad al único Dios; ya no eran necesarios los signos distintivos constituidos por las normas y observancias particulares, porque todos estaban llamados, en su variedad, a formar parte del único pueblo de Dios en la “Iglesia de Dios”, en Cristo. Una cosa fue clara para Pablo inmediatamente en la nueva situación: el valor fundamental y fundante de Cristo y de la “palabra” que le anunciaba. Pablo sabía que no solo no se es cristiano por coerción, sino que en la configuración interna de la nueva comunidad, el componente institucional estaba inevitablemente ligado a la “palabra viva”, al anuncio del Cristo vivo en el cual Dios se abre a todos los pueblos y los une en un único pueblo de Dios. Es sintomático que Lucas, en los Hechos de los Apóstoles emplee muchas veces, incluso a propósito de Pablo, el sintagma “anunciar la palabra” (Hch 4, 29.31; 8, 25; 11, 19; 13, 46; 14, 25; 16, 6.32), con la evidente intención de evidenciar al máximo el alcance decisivo de la “palabra” del anuncio. En concreto, esta palabra está constituida por la cruz y la resurrección de Cristo, en la que han encontrado realización las Escrituras. El misterio pascual, que ha provocado el giro de su vida en el camino de Damasco, está obviamente en el centro de la predicación del Apóstol (cfr. 1 Cor 2, 2; 15, 14). Este Misterio, anunciado en la pala-

Una cosa fue clara para Pablo inmediatamente en la nueva situación: el valor fundamental y fundante de Cristo y de la “palabra” que le anunciaba. Pablo sabía que no solo no se es cristiano por coerción, sino que en la configuración interna de la nueva comunidad, el componente institucional estaba inevitablemente ligado a la “palabra viva”, al anuncio del Cristo vivo en el cual Dios se abre a todos los pueblos y los une en un único pueblo de Dios.

bra, se realiza en los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, y se hace realidad en la caridad cristiana. La obra evangelizadora de Pablo no tiene otro fin que implantar la comunidad de los creyentes en Cristo. Esta idea está dentro de la etimología misma del vocablo *ekklēsia* que Pablo, y con él todo el cristianismo, prefirió al otro término, “sinagoga”, no solo porque originariamente el primero es más “laico” (derivado de la praxis griega de la asamblea política y no propiamente religiosa), sino también porque implica directamente la idea más teológica de una llamada *ad extra*, no una simple reunión; los creyentes son llamados por Dios, quien les recoge en una comunidad, su Iglesia.

En esta línea podemos comprender también el original concepto, exclusivamente paulino, de la Iglesia como “Cuerpo de Cristo”. Al respecto, es

Pablo muestra saber bien y nos da a entender que la Iglesia no es suya y no es nuestra: la Iglesia es el cuerpo de Cristo, es Iglesia “de Dios”, campo “de Dios”, edificación “de Dios”, templo “de Dios” (1Cor 3, 9.16).

oportuno tener presente las dos dimensiones de este concepto. Una es de carácter sociológico, según la cual el cuerpo está formado por sus componentes y no existiría sin ellos. Esta interpretación aparece en la Carta a los Romanos y en la Primera Carta a los Corintios, donde Pablo asume una imagen que existía ya en la sociología romana: él dice que un pueblo es como un cuerpo con distintos miembros, cada uno de los cuales tiene su función, pero todos, incluso los más pequeños y aparentemente insignificantes, son necesarios para que el cuerpo pueda vivir y realizar sus funciones. Oportunamente el Apóstol observa que en la Iglesia hay muchas vocaciones: profetas, apóstoles, maestros, personas sencillas, todos llamados a vivir cada día la caridad, todos necesarios para construir la unidad viviente de este organismo espiritual. La otra interpretación hace referencia al Cuerpo mismo de Cristo. Pablo sostiene que la Iglesia no es solo un organismo sino que se convierte realmente en Cuerpo de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, donde todos recibimos su Cuerpo y llegamos a ser realmente su Cuerpo. Se realiza así el misterio esponsal: que todos son un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo. Así la realidad va mucho más allá de la imaginación sociológica, expresando su verdadera esencia profunda, es decir, la unidad de todos los bautizados en Cristo, considerados por el Apóstol “uno” en Cristo, conformados al sacramento de su Cuerpo. Diciendo esto, Pablo muestra saber bien y nos da a entender que la Iglesia no es suya y no es nuestra: la Iglesia es el cuerpo de Cristo, es Iglesia “de Dios”, campo “de Dios”, edificación “de Dios”, templo “de Dios” (1Cor 3, 9.16). Esta última designación es particularmente interesante porque atribuye a un tejido de relaciones interpersonales un término que comúnmente servía para indicar un lugar físico considerado sagrado. La relación entre Iglesia y templo asume por tanto dos dimensiones complementarias: por una parte, se aplica a la comunidad eclesial la característica de separación y pureza que tenía el edificio sagrado pero, por otra, se supera también el concepto de un espacio material, para transferir este valor a la

realidad de una comunidad viva de fe. Si antes los templos se consideraban lugares de la presencia de Dios, ahora se sabe y se ve que Dios no habita en edificios hechos de piedra, sino que el lugar de la presencia de Dios en el mundo es la comunidad viva de los creyentes.

Un discurso aparte merecería la calificación de “pueblo de Dios”, que en Pablo se aplica sustancialmente al pueblo del Antiguo Testamento y después a los paganos, que eran el “no pueblo” y que se han convertido también en pueblo de Dios gracias a su inserción en Cristo mediante la pala-

Esta es la grandeza de la Iglesia y la grandeza de nuestra llamada: somos templo de Dios en el mundo, lugar donde Dios habita realmente, y somos, al mismo tiempo, comunidad, familia de Dios, que es amor.

bra y el sacramento. Y un último esbozo. En la Carta a Timoteo Pablo califica a la Iglesia como “casa de Dios” (1 Tm 3, 15); y esta es una definición realmente original porque se refiere a la Iglesia como estructura comunitaria en la que se viven cálidas relaciones interpersonales de carácter familiar. El Apóstol nos ayuda a comprender cada vez más el misterio de la Iglesia en sus distintas dimensiones de asamblea de Dios en el mundo. Esta es la grandeza de la Iglesia y la grandeza de nuestra llamada: somos templo de Dios en el mundo, lugar donde Dios habita realmente, y somos, al mismo tiempo, comunidad, familia de Dios, que es amor. Como familia y casa de Dios debemos realizar en el mundo la caridad de Dios y ser así, con la fuerza que viene de la fe, lugar y signo de su presencia. Oremos al Señor para que nos conceda ser cada vez más su Iglesia, su Cuerpo, el lugar de la presencia de su caridad en este mundo nuestro y en nuestra historia.

Benedicto XVI

Este Mes: Don de Fortaleza

“Inmediatamente obligó a los discípulos a subir a la barca y pasar a la otra orilla, mientras él despedía a la muchedumbre. Y, una vez que la despidió, subió al monte a solas para orar. Caída la tarde, estaba allí solo y la barca estaba ya en medio del mar, batida por las olas, porque el viento era contrario. A la cuarta vigilia de la noche fue andando a ellos sobre el mar. Mas los discípulos, al verlo caminar sobre el mar, se turbaron y decían: ¡Es un fantasma!, y se pusieron a gritar llenos de miedo. Pero al instante Jesús les dijo: ¡Tranquilizaos! Soy yo, no tengáis miedo. Pedro le respondió: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Él dijo: Ven. Y bajando Pedro de la barca, andaba sobre las aguas e iba a Jesús. Mas al ver la fuerza del viento, se asustó y, como comenzaba a hundirse, gritó: ¡Señor, sálvame! Al punto Jesús le tendió la mano, lo agarró y le dijo: ¡Hombre de poca fe!, ¿por qué has dudado? Cuando subieron a la barca, el viento se calmó. Y los que estaban en ella, se postraron ante Él, diciendo: Verdaderamente, Tú eres el Hijo de Dios”. (Mt 14, 22-33).

Queridos hermanos: En este texto que he elegido para explicar el don de fortaleza, es muy fácil verlo en Jesús y es muy difícil verlo en Pedro. Es facilísimo verlo en Jesús: caminaba sobre las aguas. Hemos visto que el don de temor consiste en asumir nuestra pobreza delante de Dios, asumir que somos niños y no podemos nada. Y Jesús, como asumió este don, pues caminaba sobre las aguas, porque la respuesta al don de temor es el don de fortaleza. La debilidad del hombre está pidiendo una respuesta por parte de Dios y Dios no deja al hombre en debilidad así porque así: la respuesta de Dios a la debilidad del hombre es, precisamente, el don de fortaleza. Y ahí tenéis como Jesús, que vivía del don de temor, que le guiaba el don de temor de Dios por la vida, por esa misma razón acogió la respuesta de

Dios como Padre para su debilidad y caminaba sobre las aguas.

Pedro era tan débil como Jesús, un hombre como Jesús, pero se hundió: vino el viento, le entró miedo y comenzó a fijarse en sí mismo, comenzó a apoyarse en sí mismo y apoyado en sí mismo no tenía más remedio que hundirse. Si yo me fijo en mí mismo, necesariamente me hundo. Y Jesús, ante esta debilidad de Pedro, que se hundía, lo agarró de la mano. Este agarrarte de la mano y levantarte para poder caminar sobre las aguas con Jesús es el don de fortaleza. Esta es la respuesta de Dios que ha sucedido en nuestra vida infinitas veces de infinitas formas.

Sabéis que la historia de la salvación sucede en la debilidad del hombre;

desde el principio aparece la debilidad del hombre y, junto a la debilidad del hombre, aparece el poder de Dios. Adán fue un hombre débil; Abel fue un hombre débil; Abraham fue un hombre débil y pobre, como también Jacob. Y Moisés era tartamudo, pusilánime, que no se

atreve a cumplir la misión para la que Dios le había llamado. Vemos a los profetas, que nos dicen como Jeremías: “¡Ah, Señor, mira que no sé expresarme, que soy un niño, que no puedo!” (Jr 1, 6). Vemos a María, otra pobre, como ella misma dice en el Magnificat: “Ha puesto los ojos en mi pobreza, en mi debilidad, el que es grande, el Poderoso” (Lc 1, 46 y ss). Y Jesús, el más pobre de los pobres. Y Pedro y Pablo, también pobres. La historia de la salvación sucede en la pobreza y la debilidad.

Pero vemos como para Abraham, ante la debilidad que presenta, la respuesta de Dios es la fecundidad. El vientre de Sara es estéril. Abraham no puede tener hijos, es un fracasado... La respuesta de Dios: “...nacerá un hijo”. Isaac es el fruto del poder de Dios, de la fortaleza de Dios. Jacob era un hombre malo, pecador, mentiroso, ladino, retorcido: el poder de Dios le convierte en Israel, padre de un pueblo que hasta hoy se llama Israel. Vemos a Moisés, un tartamudo, un miedoso, no sabía ni hablar: Dios le convierte en el liberador de su pueblo, un caudillo que conduce al pueblo por el desierto hasta la tierra prometida.

A debilidad del hombre, respuesta de Dios. Y esta respuesta de Dios siempre es una respuesta de amor, ¡siempre! Ante cualquier debilidad del hombre, la respuesta de Dios es una respuesta de amor. Y en este amor de



Dios para nosotros y nuestra debilidad está nuestra fortaleza. La fortaleza de mi debilidad es el amor de Dios; tanto que puede decirse que todas las formas de misericordia de Dios, para nosotros son formas del don de fortaleza.

Pues bien, esta respuesta de Dios no depende de lo que nosotros pensemos de nosotros mismos ni tampoco depende de lo que pensemos de Dios. Depende únicamente de Dios, de cómo Dios nos ve. Si nos miramos a nosotros mismos y desde ahí juzgamos la respuesta de Dios, andamos equivocados por la vida. Así andaba Pedro. Todos conocéis cómo seguía al Señor; todos conocéis cómo presumía de este seguimiento; todos conocéis que le dijo: “Aunque tenga que morir por ti, yo no te dejaré”. Todos conocéis su actuación en el prendimiento de Jesús: cogió la espada y le cortó una oreja a Malco. Esta es la forma en que Pedro se veía a sí mismo: él era su propia fortaleza.

Será la respuesta de Dios la que le enseñe en qué consiste este don. La noche que prendieron a Jesús, Pedro fue siguiéndole de lejos y, estando en el patio del pretorio, una criada se acercó a Pedro y le dijo:

-“Tú eres también de los que seguían a Jesús”.

-“¿Yo? Yo no le conozco”. Por segunda vez:

-“Tú hablas galileo, tu hablar sueña a los discípulos de Jesús”.

-“¡Qué no le conozco!”. Por tercera vez:

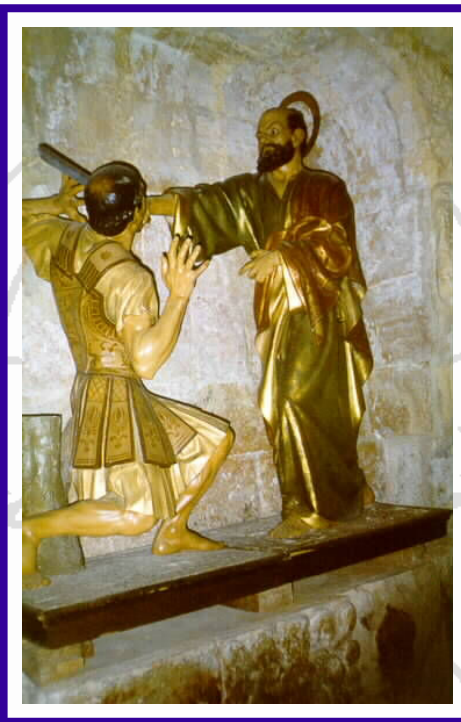
-“Tú...” Y empezó a jurar y maldecir:

-“¡Qué no le conozco!”

“Y en aquel momento cantó el gallo” (cfr. Lc 22, 54ss). Pero ocurrió algo precioso y fue que, cuando Pedro estaba en esa circunstancia, salía Jesús del pretorio y le miró: la debilidad de Pedro se encontró con la mirada de Jesús y en aquel momento es cuando Pedro encontró y fue llenado del don de fortaleza.

Pedro nunca más se fió de sí mismo, ¡nunca más! Fue precisamente en el momento de su pecado cuando la

respuesta de Dios, como amor para él, fue la fortaleza: me fió de aquél que me está mirando en mi pobreza y mi pecado. Y esa mirada de Jesús fue la que a Pedro le hizo aceptarse como pecador y débil ante Dios pero, al mismo tiempo, aceptar que así era infinitamente amado. La pobreza de Pedro recibió la efusión del Espíritu Santo a través de la mirada de Jesús y esa mirada de Jesús se le quedó tan grabada que Pedro, después, nunca vemos que se fiara de sí mismo para nada.



Esta es la forma en que Pedro se veía a sí mismo: él era su propia fortaleza.

No se fiaba ni siquiera para contestarle que le quería. Cuando, en aquella preciosa escena del final del evangelio de san Juan, Jesús mira a Pedro de frente y le pregunta si le ama, Pedro comenzó a dudar. Estaba seguro de que Jesús le amaba a él, pero no estaba tan seguro de amar él al Señor. Pedro se ve que dudó y decía como así por lo bajo: “Señor, yo creo que tú sabes que te quiero”, pero era una respuesta todavía muy débil. ¿Por qué? Porque Pedro estaba recordando su propia debilidad y no se fiaba de sí mismo: “¿Cómo voy a darte una respuesta, Señor, a decirte que te quiero cuando lo dije mil veces antes y, luego, te negué ante una criada y me fui

y te abandoné? No puedo decirlo”.

Jesús le invitó, por segunda vez, a contestar: “¿Tú me quieres?” Y el pobre Pedro pues no acababa todavía de salir de sí mismo, todavía tenía restos en él de la pobreza y debilidad anterior de su vida. Y le contestó: “Señor, yo creo que te quiero”. Si Jesús se lo pregunta tres veces es por algo; no es porque le hubiera negado tres veces, no: es para que Pedro, por fin, dejase ya de tener miedo a su propia pobreza, de tener miedo a su propio ser pecador, de tener miedo a la debilidad de ser hombre, que es a lo que todos tenemos miedo.

El don de fortaleza nos quita el miedo porque nosotros tenemos miedo a nuestro pecado, tenemos miedo a nuestro ser en debilidad, tenemos miedo de nosotros mismos, y ese miedo es lo que Jesús quería, en aquel momento, que desapareciera. Por tercera vez, Jesús, mirándole a los ojos le pregunta: “Pedro, ¿tú me quieres?” Y ya Pedro, olvidado de sí mismo, totalmente olvidado de su debilidad, contesta: “Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te quiero muchísimo” (Jn 21). ¿Por qué dio Pedro esta respuesta tan fantástica? Porque el don de fortaleza del amor con que Jesús le miró le hizo no dudar de sí mismo, no tener miedo de su pobreza, sentirse amado tal como era.

Y es que, aceptando lo que soy, aceptándome en debilidad, cuando me dejó mirar y amar por Jesucristo así, acabo prescindiendo de mi debilidad y diciendo a Dios: “Señor, yo te quiero; pero te quiero porque tú me quieres a mí”. Esta es la respuesta de Pedro: “Yo a ti te quiero porque tú me quieres; y me fió de ti porque te fías tú de mí; y estoy loco por ti -como más o menos le dice- porque tú me has mirado fijamente a los ojos y me has amado”. Los ojos de Jesús cuando pregunta a Pedro ¿tú me quieres? son los mismos que cuando salió del pretorio mirando a Pedro, que acababa de negarle: “Y en aquel momento salió fuera y rompió a llorar amargamente” (Jn 21).

La maravilla del don de fortaleza es que, al mirarte Jesucristo, al amarte

Dios en tu debilidad, no quita tu debilidad sino que te fias de su fortaleza, te fias de su amor, te fias de su mirada, te fias de su palabra. Por eso a Pedro le desmontó la vida el Señor, le cambió totalmente, ¿porque le quitó su debilidad? No, porque en su debilidad se sintió amado. Y ya no me importa mi debilidad, Señor, si tú me amas; ya no me importa hundirme en las aguas porque sé que me vas a coger; ya no tengo miedo a la tempestad ni a ese viento contrario, porque sé que tú me has amado a fondo, a fondo, tal como soy, en mi negación, en mi pecado. Y como me has amado tan a fondo en mi debilidad, no me importa ya mi debilidad: me importa tu amor para mi debilidad; me importa tu respuesta para mí, no la respuesta que yo voy a darte a ti.

Nosotros vivimos la vida tal como nosotros la vemos y tal como nos vemos a nosotros mismos con respecto de Dios y, por esta razón, estamos siempre aterrorizados por nuestra pobreza, llenos de miedos, encerrados en el Cenáculo por miedo a todo. Porque nos miramos y nos vemos pobres; y enjuiciamos las cosas desde nosotros mismos y, como la pobreza humana es tan grande, si dependemos de ella para vivir estamos perdidos, nos hundimos cada día. Y así vemos cómo andamos con esa ciclotimia: hoy subo, mañana bajo; hoy el Señor me contesta y me da no sé qué, mañana estoy hundido y el Señor me ha abandonado... es decir, todo ese lío de las olas y la tempestad que aterrorizaba a Pedro y en el cual también estamos nosotros. Si vemos las cosas desde nuestra debilidad es evidente que estamos en tormentas diarias, estamos sometidos a un mar que unas veces tiene olas más suaves y otras más fuertes, pero siempre naufragando. A Pedro el Señor le quitó ver las cosas desde sí mismo.

Y este don tampoco depende de lo que piense yo de Dios. Pablo pensaba de Dios unas cosas rarísimas, como todos recordáis. ¿Qué debía pensar de Dios Pablo para meter en la cárcel a los cristianos, para disfrutar cuando los torturaban, para gozarse cuando apedreaban a alguno y lo veía morir, como a san Esteban? ¿Qué idea ten-

dría de Dios? Pues bien, no depende de la idea que tengamos de Dios el que él nos ame, el que él nos quiera. Efectivamente, yendo precisamente a servir a ese dios falso en el que creía, el verdadero Dios desmontó totalmente la vida de Pablo. Y lo hizo de una manera preciosa: mostrándole que en su debilidad y en su ceguera le llamaba por su nombre: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” “Porque tú me persigues y esta es tu pobreza; tú me persigues en los hermanos y esta es tu debilidad; tú encarcelas y matas a los cristianos y esta es tu debilidad y esta es tu pobreza. Pero, en esa debilidad y pobreza, yo te amo”. Y la voz siguió sonando: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” “¿Quién eres, Señor, para que crea en ti?” “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hch 9, 22).

La respuesta del don de fortaleza para la debilidad de Pablo fue el acto de amor más entrañable de Dios para aquel que le va a meter en la cárcel, para aquel que va a disfrutar torturándole, para aquel que le va a crucificar. Y ahí entendemos la maravilla de esta respuesta de Jesús, hasta cuando estaban crucificándole: “Padre, perdónalos, ¿no ves que no saben qué están haciendo?” (Lc 23, 34). No saben lo que están haciendo, son tan pobres que no lo saben. Y ante esa debilidad y pobreza del hombre -¡de los que estaban clavándole!- la respuesta de Dios siempre es amor. “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43). Hoy, ahora mismo. Como veis, no depende de lo que pensemos de Dios ni de nosotros mismos: depende de la respuesta de Dios, de cómo nos ve él. Y cómo Dios nos ve está revelado en la Escritura: nos ve como hijos, no como esclavos; nos ve como niños que no pueden nada y a alguien que no puede nada no se le va a pedir nada excepto acoger, acoger el don de fortaleza que se le da.

Me impresionó muchísimo leer este texto de Péguy sobre la esperanza, que me recordó las palabras de Jesús en el capítulo doce de san Lucas:

“Nunca los niños trabajan. Pero todos trabajan sólo por los niños.

El niño no va a los campos, ni ara ni siembra, ni cosecha ni vendimia ni poda la viña, ni derriba los árboles ni sierra la madera.

Para el invierno.
Para calentar la casa en el invierno.

Pero, ¿iba a tener el padre valor de trabajar si no tuviera hijos?

¿Si no fuera por sus hijos?
Y en el invierno, cuando trabaja duro.

En el monte.
Cuando trabaja muy duro.
Con la podadera y con la sierra y con el hacha.

En el monte helado.
Cuando sopla un cierzo agudo que le traspasa los huesos.

Que le pasa a través de todos los miembros.

Y está aterido y le casteñetean los dientes.

Y la escarcha le hace carámbanos en la barba...

De pronto piensa en su mujer que se ha quedado en casa,
cuyo hombre es delante de Dios,
y en sus hijos que están bien tranquilos en la casa,

que juegan y se divierten a esa hora junto al fuego y quizá pelean entre sí para divertirse.

Y trabaja...
Todo lo que hacemos lo hacemos por los niños.

Los niños nos hacen hacer todo.
Cuanto hacemos.

Como si nos cogiesen de la mano.
Así todo lo que hacemos, cuanto el mundo hace lo hace por la pequeña esperanza.

Así los niños no hacen nada.
¡Ah esos vivos ponen cara de no hacer nada!

Los muy pícaros. Saben bien lo que hacen por más que se hagan los ingenuos. “¡A los inocentes las manos llenas!”

Había que decirlo.
Ellos bien saben que hacen todo; y más que todo;

con su carita inocente;
con su carita de no saber nada;
de no saber;

ya que sólo por ellos se trabaja. En realidad.

Y nada se hace sino por ellos.
De allí les viene esa carita de seguridad que tienen.

Esa mirada franca, esa mirada insostenible a la vista y que sostiene toda mirada. Esa mirada dulce, tan grata a la vista. Esa mirada que viene directamente del paraíso...

Los niños no hacen nada, pero todos trabajan porque existen niños”.

Y al leer estas cosas, me acuerdo de mi padre, que pasó muchos fríos para mantener a su familia y caminaba quince o más kilómetros cada día, a veces por la nieve, en la noche. Pero también me acuerdo de Dios, que ha pasado estos trabajos por nosotros, porque Dios ha trabajado duro para ti y para mí, ha trabajado muy duro para todos los que estamos aquí. Y las acciones de Dios tenemos que recordarlas porque él ha hecho mucho para que nosotros podamos seguir manteniéndonos niños en el orden de la santidad y de la vida. Para darnos la gracia, Dios ha trabajado duro y ha bajado a abismos muy profundos y ha sudado sangre y ha entregado la vida: todo para que nosotros podamos seguir siendo niños.

Si leéis los textos sobre cómo el Padre nos ha amado en nuestra realidad de debilidad y pobreza, os quedaréis asombrados. Leéis al profeta Isaías, tan amado de Jesús, el que siguió a su Dios sin vacilación alguna, y nos dice por boca de Jesús: “Consuela a mi pueblo, habla al corazón de mi pueblo y dile bien alto que ya ha cumplido su milicia, que ya ha satisfecho por su culpa -¡qué ya ha satisfecho por su culpa!- Díselo bien alto” (Is 40, 1-2). ¿Qué significa “díselo bien alto”? Pues ¡que es verdad! que no debes nada a nadie, que tu pecado ha sido perdonado, que Alguien te ha amado en tu pecado, como a Pedro, y ha puesto sus ojos en ti para que acojas, en tu debilidad, la maravilla de su amor, la maravilla de su fortaleza.

Si seguís repasando el profeta Isaías oiréis, para vosotros y para vuestro corazón, palabras como estas que dijo a Jacob, el rebelde, el malo, el que se buscaba siempre a sí mismo: “Yo te he elegido, yo te he cogido desde los últimos cabos de la tierra, desde lo más remoto te llamé y te dije: hijo mío eres tú, te he escogido, te he rescatado, no temas que contigo es-

toy” (Is 41, 8ss). Este es el Don de Fortaleza del Padre, esto es lo que el Padre ha hecho para tu pecado y tu maldad y tu retorcimiento y tu esterilidad; esta es su forma de responderte: el poder de Dios viene sobre tu debilidad y te unge.

Y si sigues escuchando, la voz del Padre te dice: “Yo desde el seno materno ya te había elegido y amado; no tengas ningún temor porque yo derramaré sobre tu sed el agua que te sacie” (Is 41, 17ss). El Señor conoce nuestra debilidad, sabe que, a veces, no nos sentimos elegidos por nadie en la vida, el Señor sabe de la soledad de aquel a quien nadie le ha dicho en su vida que le aman, porque hay infinitas personas en este mundo a quien nadie les ha dicho: yo te quiero. Y eso lo sabe el Señor y a esa carencia responde nuestro Dios diciendo: “Yo te he elegido, yo te amo, yo te acojo”. Y no tienes más que aceptarlo porque ¡te lo está diciendo Dios!, no te lo está diciendo un pobre hombre ¡te lo está diciendo Dios!

¡Tantas veces en la vida nos sentimos perdidos, llenos de dudas y temores, desamparados! Pero también él ha dado respuesta a esa forma de pobreza: el abandono de los huérfanos, el abandono de las viudas, el abandono del corazón solo e insatisfecho a quien nadie ama, del que tanto nos hablan las Escrituras y los primeros cristianos. Pues a través del don de fortaleza nos da el Señor la respuesta para esas situaciones. Y cuando el hombre dice: “Yahveh me ha abandonado, Yahveh me ha olvidado...” responde: “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque esas llegasen a olvidar, yo no te olvido. ¡Mira!, en las palmas de mis manos tengo tu nombre tatuado” (Is 49, 14ss). Y cuando uno piensa: ¡Qué barbaridad! ¿Mi nombre tatuado en la piel de Dios, en las manos de Dios? ¿Qué significa esto? Pues que tendrán que arrancar la piel de Dios para conseguir quitar mi nombre de su amor, de su corazón. Esta es la respuesta de Dios para esa sensación de soledad y abandono que a veces tenemos todos en la vida.

Y otras muchas veces tenemos la impresión de ser estériles, de no servir para nada. A mí me dice mucha gente: “¡Hombre, tu vida tiene sentido porque fíjate lo que haces! Pero es que yo no sirvo para nada, yo ¿para qué sirvo?” Pues eso es porque no han oído la respuesta de Dios para esa pobreza que está experimentando su corazón, ¡que no la han oído! Porque el Señor contesta: “Alégrate tú, estéril, que no das a luz, que no tienes fecundidad humana, ¡alégrate tú!” (Is 54). ¡Qué maravilla esto! La cantidad de personas en este mundo que se sienten inútiles, que creen que no valen nada, que no sirven para nada, enfermos, ancianos, pobres, gente que dice: “Si tuviera una carrera, si tuviera salud, si supiera hacer esto o aquello...”, que se sienten mal por su pobreza.

Pues esa pobreza es amada, esa pobreza es la delicia de Dios, y Dios contesta a esa pobreza y te dice: “Alégrate tú, estéril, que no has sentido los dolores de parto, porque más hijos tendrás tú que la casada. Ensancha tus tiendas, alarga las clavijas, porque se va a llenar tu tienda, se te va a llenar el corazón de alguien que vive en ti” (Is 54, 1ss). ¿De qué se te va a llenar el corazón? Pues se te va a llenar de Jesucristo, se te va a llenar de Jesucristo y de tus hermanos, se te va a llenar el corazón del cuerpo de Cristo que viene a vivir dentro de ti. ¡Y tendrás la fecundidad de Jesucristo, tendrás la fecundidad de Dios! Esta es la maravilla, esta es la respuesta a la pobreza humana: el don de fortaleza del Señor.

Y hay, también, tiempos de una gran angustia interior; aún siendo muy amado en la vida hay momentos de desolación profunda, de tristeza, de una soledad tan radical que nadie la

El don de fortaleza es la boda que Dios hace con mi pobreza; es la alianza, la boda, el enamoramiento de Dios de la pobreza humana, no para que sigamos igual de pobres y miserables, sino para fecundarnos con su riqueza.

El don de fortaleza son las acciones del Padre sobre ti que te enriquecen, las acciones de Jesucristo que te salva, las acciones del Espíritu Santo que te unge con su poder y su amor.

puede saciar. Pues de esta sed también sabe el Señor y dice: “No se dirá de ti, jamás, abandonada, ni de tu tierra se dirá, jamás, desolada, sino que a ti se te llamará mi complacencia y a tu tierra desposada” (Is 62, 4ss). ¡Desposada! El don de fortaleza es la boda que Dios hace con mi pobreza; es la alianza, la boda, el enamoramiento de Dios de la pobreza humana, no para que sigamos igual de pobres y miserables, sino para fecundarnos con su riqueza. Y si desde este modo de entender las cosas leéis el Cantar de los Cantares, os quedaréis fascinados. Comienza el Cantar diciendo: “Negra soy... como las tiendas de Quedar” Sí, negra soy, mi vida está agrietada y deshecha como las tiendas de los pastores del desierto, así está mi vida... Pero a continuación dice: “Pero hermosa”. Hermosa ¿por qué?: “Porque ha puesto sus ojos en mí el que es grande, su nombre es santo”; por eso mi tienda es una maravilla, por eso mi pobreza ha sido enriquecida. Y seguimos leyendo la Escritura: ¿cómo ha sido enriquecida esa pobreza de Abraham, ese vientre estéril de Sara, esa pobreza de Jacob, esa pobreza de Moisés, esa pobreza de María, esa pobreza tuya...? ¿Cómo ha sido enriquecida?, porque dice: “Tus pechos son maravillosos, tus mejillas como granadas, tus cabellos tan deliciosos, tus ojos hermosos como palomas... ¡qué bella eres, amada mía!” (Ct 4) y va describiendo a su amada, la que era pobre, la que no tenía nada, la va describiendo con los dones con que Dios la ha enriquecido.

El don de fortaleza son las acciones del Padre sobre ti que te enriquecen, las acciones de Jesucristo que te salva, las acciones del Espíritu Santo que te unge con su poder y su amor. Y todo eso es lo que canta este Libro: en nuestro pecado nos enriqueció con su

riqueza, de tal forma que el pobre pecador, que no era nada, ahora es su predilecto, su amado ¡su amado! Y ese “mi amado” es maravilloso entenderlo porque no significa mi amado porque Dios le mire y le ame, sino porque pone en nosotros lo que en su amor y con su amor nos mira. Dice san Juan de la Cruz: “Por eso me adamas, por eso en mí ponías lo que en ti vías”. Pones en mí lo que amándome me estás dando: lo que hay en ti, lo que tú eres.

Y ahora es hermoso terminar - aunque no hayamos dicho nada de la maravilla del Hijo ni de la maravilla del Espíritu Santo como don de fortaleza para nosotros- diciendo: ¿Sabes tú dónde está el don de fortaleza? Si el amor de Dios es la respuesta a la pobreza nuestra, a la tierra estéril, sola, desolada y sin marido... ¿dónde está el don de fortaleza? El Padre lo ha sembrado en el corazón del hom-

La maravilla del don de fortaleza es que la respuesta de Dios para nosotros se llama Jesús. Y no está fuera, no está en el cielo: está en ti.

bre y se llama Jesucristo: Jesucristo en ti es la fortaleza. Por eso dice el capítulo 32 del Deuteronomio: “Él es la roca”. Hay dos maneras de vivir: con el don de fortaleza y sin el don de fortaleza. Y sin el don de fortaleza ¿cómo puedes vivir? Pues apoyando la vida en ti. Y dice Jesucristo: “Eso es construir sobre arena; viene el viento, viene el zarandeo de la vida y empiezas a temblar y la casa se deshace. Pero si edificas sobre roca, ya pueden venir vientos, ya pueden venir tempestades: la casa permanece firme” (Mt 7, 20ss) porque está edificada sobre roca, la roca que es Jesucristo.

La maravilla del don de fortaleza es que la respuesta de Dios para nosotros se llama Jesús. Y no está fuera, no está en el cielo: está en ti. Cuando a san Lorenzo le estaban torturando en la parrilla dice con humor: “Ya estoy quemado de este lado; podéis

ponerme del otro.” Y cuando cuentas esto, la gente piensa que es una leyenda, que no es posible. Y dice san Agustín: “¡Ah! a ti te pasa como a san Pedro: ¿No crees que es más poderoso y fuerte el autor del fuego que el fuego? El fuego es poderoso, pero el autor del fuego es mucho más poderoso.” Y a santa Felicidad, cuando en la cárcel, condenada a ser echada a las fieras, está para dar a luz, le dice el carcelero: “¡Caray, pues si tanto gimes hoy ¿qué vas a hacer mañana en el circo, cuando te echen a los leones o a las vacas”. Y santa Felicidad, que sabía muy bien qué era esto del don de fortaleza, contesta: “Es que hoy estoy sufriendo desde mí misma y con mi propia fuerza, y por eso me quejo. Pero mañana Otro sufrirá en mí”. Otro -con mayúscula- sufrirá en mí. Al día siguiente la llevaron al circo, unas vaquillas la voltearon, la destrozaron, la llenaron de heridas... pero no murió. Después, cuando le preguntaban, decía que no se había enterado de nada. Esta es la maravilla del don de fortaleza.

Yo también lo experimenté un día, cuando me operaron la primera vez del vientre. Los acontecimientos del día de la operación fueron a cada cual más jocoso: no había cama en la planta normal, así que me llevaron a maternidad. La monja que salió a recibirme me da un paquete de pañales: “¿Para qué quiero yo esto?” pregunté. “¡Ah, pero ¿su mujer no ha dado a luz?” “Pues no, soy yo el que va a dar a luz...” Pero como a las tres horas de la operación comenzó un dolor tan intenso, tan intenso, que yo hacía unos esfuerzos enormes para superarlos, pero me di cuenta que la desesperación podía llegar. Y cuando uno se desespera de sí mismo, puede llegar un momento de verdadera blasfemia en lo humano. Mi esfuerzo era espantoso para poder superar aquella situación y en aquel momento el Señor me hizo recordar a Jesús en la cruz, y le pregunté: “Señor, ¿tú qué hiciste? Porque a mí me han dado unos dieciocho puntos pero... ¡eso de clavarte así, en vivo, en una cruz...!”.

Oí en mi corazón esta respuesta: “Es que yo en aquel momento me fiaba de Otro, estaba en las manos de mi

Padre” “Pues, Señor, yo quiero hacer lo mismo; no sé cómo hacerlo, pero quiero hacer lo mismo. Me fio”. Y en aquel momento cesó todo dolor de una forma instantánea, no así, poquito a poquito: instantáneamente. El que estaba conmigo me dijo: “A la una y cinco te quedaste dormido”. Y al día siguiente me desperté, me levanté, me afeité... todo normal. Me dice el médico: “Pues no sé si puedo decir que te he operado, porque no has tenido ni una décima de fiebre...”.

Y después, pensando en esto, me dio una gran tristeza: “Pobre Pedro, ¡mira que sólo acordarte de esto en el momento de mayor sufrimiento, cuando ya no puedes más! ¡Qué pena no vivirlo en la vida diaria! ¡Qué pena no vivir esto cuando convives con los demás y no puedes con la convivencia! ¡Qué pena no vivirlo en la rutina y monotonía de todos los días! ¡Qué pena que tenga que venir santa Bárbara tronando para que yo me entere, cuando el don de fortaleza es el pan de cada día que Dios da para la vida de sus hijos!”.

*Si tú te dejas vivir -
“Vivo yo, mas no yo, es
Cristo quien vive en
mí” (Ga 2, 20)- si te dejas
vivir por la fortaleza de Je-
sucristo, entonces los sufrimien-
tos no pesan sobre ti y
las alegrías se multiplican,
porque son alegrías resucita-
das.*

Jesús nos dice: “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5), y yo no puedo y el trabajo me supera y los problemas me pueden y voy machacado por la vida... Pero lo cargo todo sobre mí y voy caminando con todos mis pesos y no se me ocurre acudir al Señor más que en el momento en que ya no aguanto más. ¡Claro!, nos enseñaron a todos algo terrible: hay que bastarse a uno mismo, y decimos: “Mientras yo pueda, mientras yo pueda...” Y ese “mientras yo pueda” de lo humano, lo trasladamos también a lo sobrenatural y divino, y eso es una tragedia porque cargamos nosotros con lo que no po-

demo. La fortaleza de Dios se manifiesta cuando tú eres débil y acoges como los niños, con sencillez, el amor con que somos amados: ese es el espíritu de fortaleza que guía a los hijos de Dios.

En otra ocasión vi yo esta mano de Jesús cogiéndome y levantándome de las aguas. Fue predicando -que es donde más me ha probado y me ha purificado a mí el Señor- en Galicia; estaba totalmente mareado, con ganas de vomitar, el teatro se movía como un barco, veía a la gente como si fueran fantasmas... Y, por dentro, estaba diciendo al Señor: “Esta es la última faena que me haces. A partir de hoy me voy a mi casa y me dedico a otra cosa porque esto no es posible para un ser humano; si vengo aquí a hacer un servicio al Señor y a los hermanos y estoy de esta forma, totalmente mareado, sin saber lo que estoy diciendo, pues cojo mi maleta y me voy, y estas bromas del Señor para otro que lo pueda hacer con normalidad, porque yo así no puedo predicar. No puedo, es así de sencillo”.

Iba a salir de allí, pero antes el Señor me enseñó qué es esto de ser predicador. La gente se había ido, estaba yo solo, y me volví a coger mi chaqueta; pero junto a la chaqueta alguien se había dejado un libro que se titula “El poder de la alabanza” e instintivamente, no sé por qué, lo abrí al azar: página 118 -si alguno lo tiene que lo lea- a la derecha leí estas palabras:”Por tres veces Pablo pidió al Señor: Quitame, Señor, esta herida. Y por tres veces el Señor le respondió: No te la quitaré porque mi poder se manifiesta más cuando tú eres débil” (2 Co 12, 8). El Señor me estaba diciendo: “Si no te mareases, tú dirías tus propias palabras; pero estando mareado, no puedes decir más que las mías”. ¿Entendéis? Esto es muy duro decirlo, pero es así. Un día, predicando en una parroquia, al final me dice un cura amigo mío: “Hoy el Señor te mareó del todo, ¿no? Estabas obsesionado con una misma idea, venga repetir y repetir y repetir...” Pues fue el único día que viene un señor a decirme al final: “¿Quién le contó a usted mi vida? Hace más de veinte años que no vengo por una iglesia, ¿quién le

contó mi vida?”

Pues en Galicia, después de que el Señor me dijo “a callar y seguir”, se acerca una señora y me dice: “Pedro, ya sé ahora, después de tu enseñanza, para qué sirve mi cáncer (tenía un cáncer de hígado fulminante). Yo estaba desesperada, pero en este momento tengo una alegría maravillosa porque sé para qué sirve mi cáncer: Dios me lo ha dado como una gracia preciosa para sus sacerdotes”. Me quedé atónito... ¡para los sacerdotes! Veis cómo es necesario que Dios nos mantenga en cierta debilidad, porque de lo contrario no necesitaríamos su amor, ni el amor del Padre ni el amor del Hijo ni el del Espíritu Santo, ni tampoco el de los hermanos: “Yo mientras pueda... no tengo problemas.” Es necesario, como en Pablo, ese aguijón.

Esta mañana en clase, mientras los chicos hacían un examen, me vino a la mente la parábola del Buen Samaritano, y empecé a hacerme unas cuantas preguntas: ¿Le dolerían al hombre apaleado las manos de Jesús curándole? ¿Le sanaría del todo? Y, así como en el corazón, sentí: “Pues del todo no; porque el hombre, como Dios le cure del todo, lo primero que hace es prescindir de Dios: Estoy bien, vivo bien, no necesito nada...” Por eso, Dios nos mantiene en pobreza, para que podamos acoger su misericordia.

Pues bien, el don de fortaleza está dentro de nosotros y se llama Jesucristo, y vive en nosotros los misterios de gozo, los misterios de sufrimiento y los misterios de resurrección. Si tú te dejas vivir -“Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20)- si te dejas vivir por la fortaleza de Jesucristo, entonces los sufrimientos no pesan sobre ti y las alegrías se multiplican, porque son alegrías resucitadas. Y este es el misterio de este don tan precioso, que es el don de los mártires, el don de los testigos, el don que necesitamos para mostrar que somos cristianos. Yo lo llamo para mí “el pan nuestro de cada día”, porque sin este pan yo no podría seguir, imposible, y he experimentado infinitas veces que no podría seguir si no se me diera.

La autosuficiencia mata el don de fortaleza, porque prescinde del amor de Dios.

Hoy mismo, ¡la lucha que tuve con el Señor para venir a predicar aquí, viendo mi pobreza y mi debilidad! Pero, en la oración que hemos hecho antes de comenzar la enseñanza, yo sentí que el Señor me ungía, me daba la paz y comencé con confianza, fiándome. Y es que Dios ha trabajado mu-

cho para que nosotros podamos ser niños y acoger lo que él nos da para vivir; ha trabajado mucho para procurarnos ese pan, y la pena más grande que tiene Dios es que este don tan precioso, que es el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que necesitamos para vivir, se quede en sus manos sin que lo acojamos. La autosuficiencia mata el don de fortaleza, porque prescinde del amor de Dios.

Vamos a pedir al Señor, en unos momentos de oración, que derrame sobre nosotros ese amor de Padre, esa salvación de Jesucristo, esa fuerza del

Espíritu Santo, y que lo podamos acoger, como el pan, para la situación en que cada uno de nosotros estemos. El Señor sabe cómo estás, el Señor sabe lo que necesitas. No te ocultes al Señor, no hagas el ridículo creyendo que eres fuerte, que eres poderoso, que no necesitas nada, ¡no lo hagas! No te portes así porque te estás perdiendo la maravilla del Reino de los Cielos, la maravilla del amor de Dios.

Pedro Reyer O.P.

Para Meditar...

De las homilias de San Asterio de Amasea, obispo.

Imitemos el estilo pastoral que empleó el mismo Señor

Si queréis emular a Dios, puesto que habéis sido creados a su imagen, imitad su ejemplo. Vosotros, que sois cristianos, que con vuestro mismo nombre estáis proclamando la bondad, imitad la caridad de Cristo.

Pensad en los tesoros de su benignidad pues, habiendo de venir como hombre a los hombres, envió previamente a Juan como heraldo y ejemplo de penitencia y, por delante de Juan, envió a todos los profetas, para que indujeran a los hombres a convenirse, a volver al buen camino y a vivir una vida fecunda.

Luego se presentó él mismo y clamaba con su propia voz: Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. ¿Y cómo acogió a los que escucharon su voz? Les concedió un pronto perdón de sus pecados, y los liberó en un instante de sus ansiedades: la Palabra los hizo santos, el Espíritu los confirmó, el hombre viejo quedó sepultado en el

agua, el nuevo hombre floreció por la gracia. ¿Y qué ocurrió a continuación? El que había sido enemigo se convirtió en amigo, el extraño resultó ser hijo, el profano vino a ser sagrado y piadoso.

Imitemos el estilo pastoral que empleó el mismo Señor; contemplemos los evangelios y, al ver allí, como en un espejo, aquel ejemplo de diligencia y benignidad, tratemos de aprender estas virtudes.

Allí encuentro, bosquejada en parábola y en lenguaje metafórico, la imagen del pastor de las cien ovejas que, cuando una de ellas se aleja del rebaño y vaga errante, no se queda con las otras que se dejaban apacentar tranquilamente, sino que sale en su busca, atraviesa valles y bosques, sube a montañas altas y empinadas y va tras ella con gran esfuerzo, de acá para allá por los yermos, hasta que encuentra a la extraviada.

Y, cuando la encuentra, no la azota ni la empuja hacia el rebaño con vehemencia, sino que la carga sobre sus hombros, la acaricia y la lleva con las otras, más contento por haberla encontrado que por todas las restantes. Pen-semos en lo que se esconde tras el velo de esta imagen.

Esta oveja no significa, en rigor, una oveja cualquiera, ni este pastor es un pastor como los demás, sino que significan algo más. En estos ejemplos se contienen realidades sobrenaturales. Nos dan a entender que jamás desesperemos de los hombres ni los demos por perdidos, que no los despreciemos cuando se hallan en peligro, ni seamos remisos en ayudarlos, sino que cuando se desvían de la rectitud y yerran, tratemos de hacerlos volver al camino, nos congratulemos de su regreso y los reunamos con la muchedumbre de los que siguen viviendo justa y piadosamente.

El Rincón de los Testimonios

Carla Costa

El pasado fin de semana, 9 y 10 de marzo, asistí al retiro de música en Pozuelo de Alarcón (Madrid). Allí nos reunimos unos 50 hermanos de diferentes comunidades de España. Muchos ya nos conocíamos del último Encuentro nacional y vernos de nuevo fue un gran gozo.

Tras estos dos días sólo puedo dar gracias al Señor. ¿Por qué? ¿Acaso hemos ensayado mucho? La respuesta es no. Por supuesto que hemos cantado y disfrutado del don de la música y la armonía musical, pero debo destacar que el regalo dado ha sido la unidad, el amor, la ilusión. He recibido amor de los hermanos que nos han acogido, de aquellos que han preparado las enseñanzas, de los que no han dejado de tocar un instrumento, de los que han intercedido espontáneamente, de aquellos con los que he compartido por primera vez.

El Señor nos ha amado y hablado desde este ministerio de música. Nos llama a ser “puente que lleve a los hermanos a la alabanza, a cantar y hacer de la música un ariete que vaya derribando muros”.

Sé que el Señor me ha llamado a este ministerio y que desde él he contemplado su gloria, he derramado lágrimas de sanación y purificación, y me he sentido la criatura más feliz de la tierra. Como decían en la primera enseñanza: “estamos en el mejor ministerio de todos porque este no acabará

nunca: cantaremos por toda la eternidad”.

Es verdad, estamos en el mejor ministerio del mundo porque es el lugar que el Señor nos tenía reservado para crecimiento nuestro y de nuestros hermanos. Y por eso es un carisma que debemos amar y cuidar. Pero necesitamos una gran humildad y escuchar al Espíritu Santo a través de nuestra comunidad y la oración que suscita el Señor. Porque si la música y las canciones van abriendo caminos, derribando puertas, animando, exhortando, consolando... entonces la música también es profética. ¡Qué gran responsabilidad! Debo pues estar siempre atenta al Señor, amar a mis hermanos con gran transparencia, humildad y caridad; sentirme profeta, instrumento del Señor, pero nunca olvidar que todos somos igualmente amados, no caer en vanidades ni en orgullos, porque refugiarse en el Señor y sentirse pequeña ante su grandeza, me protegerá de tentaciones que en un ministerio como el de música me rondan constantemente.

Este encuentro ha representado para mí la confirmación de otro regalo que el Señor me hizo ya hace mucho: la comunidad. El don de servir en música es un regalo que solo se valora

desde el amor y el servicio. Cada semana asisto al grupo de oración para alabar al Señor y me doy cuenta de que no estoy sola, que nada soy sin el amor de Jesús y que de nada sirve el carisma de la música si yo no me siento miembro de este pueblo, del pueblo de Dios.

Y una cosa más: tal como se dijo en la siguiente enseñanza, cuando me sienta vacía, triste, tentada a no cantar ni alabar, debo ser fuerte y “aprender a vivir de la experiencia y la memoria”, de la certeza de que el Señor está vivo porque así se me ha mostrado en tantas ocasiones. Quiero mantener siempre en mi corazón el recuerdo de aquellos momentos en que he sentido a Jesús muy cerca, cuando ha sido para mí un refugio y fortaleza, cuando me ha abrazado y consolado, cuando me ha amado como el enamorado ama a su enamorada...

En este encuentro el Señor ha estado grande y de nuevo sé que Él no me deja y que me ama. Que toda la vida mis labios canten su alabanza y su gran bondad.

Carla Costa



Recordemos qué es la Renovación

Testimonio de amor: la vocación de la RCC

Jim Murphy

El artículo es del boletín del ICCRS de noviembre diciembre de 2002.

Jim Murphy nació en Michigan (EEUU) el 9 de octubre de 1952. Se licenció en Trabajo Social. Está casado con Susan y tiene un hijo, John Patrick.

Jim decidió entregar su vida a Jesucristo cuando era estudiante de secundaria, lo que ha marcado su vida.

En la RCC ha servido a nivel nacional e internacional. De 1982 a 1988 fue director de la Oficina de la RCC en Detroit. De 1988 a 1991 fue director ejecutivo de la Asamblea carismática católica All-Michigan. En 1991 fue elegido miembro de la Coordinadora nacional de EEUU. De 1993 a 1996 fue coordinador nacional de EEUU.

En 1998 fue elegido miembro del Consejo de ICCRS. Hasta 2006 ha servido en el Consejo. En la actualidad es director del Instituto de formación de servidores de ICCRS.

Cuando hablamos de la Renovación Carismática Católica a menudo nos vienen a la mente varias imágenes: alabanza entusiasta, música viva, alegría profunda, el poder de los carismas o experiencias profundas de oración. Todas estas asociaciones son apropiadas. La Renovación es todo esto y mucho más.

Estas cosas tan maravillosas apuntan a una realidad más profunda, una experiencia más profunda, el amor de Dios.

EL AMOR DE DIOS POR NOSOTROS:

Debemos recordar que la efusión del Espíritu Santo es un gran signo y acción del amor de Dios por nosotros. Dios Todopoderoso está ofreciéndonos un regalo casi inimaginable, la oportunidad de vivir una vida en profunda unión con Él. ¡Seres humanos compartiendo la vida con la Divinidad eterna! ¿Cómo es posible esto? Dios, en su amor infinito y perfecto, derramó el Espíritu Santo sobre nosotros para que pudiésemos ser atraídos dentro de su mismísimo corazón. ¡Qué maravilloso es el amor de Dios!

Pero la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas no es sólo para nuestro beneficio. Al ser fortalecidos, transformados y animados por el Espíritu Santo, salimos al mundo para

ayudar a atraer al resto de la humanidad a una "Vida en el Espíritu de Dios, una Vida en el Amor de Dios".

Hemos recibido tanto de Dios, ¿cómo podemos guardárnoslo para nosotros?

Entonces, ¿cómo compartimos este amor con otros?, ¿cómo damos testimonio a todo el mundo de que Dios es Amor, y que la acción del Espíritu Santo es la acción del Amor?

PROCLAMACIÓN:

Para muchos de nosotros el Amor de Dios está tan presente, es una parte tan grande de nuestra vida diaria que a menudo olvidamos que muchas, muchas personas no conocen que son realmente amadas por su Padre celestial. Muchas de ellas necesitan que se les hable de Dios de forma suave pero con claridad, que se les hable de su plan de salvación y de su Amor profundo y personal por cada individuo.

Incluso si la gente conoce intelectualmente a Dios, deben escuchar de nuevo el mensaje de su amor en su corazón. El Espíritu Santo quiere que este mensaje sea proclamado y nos ayudará a hacerlo, si somos sensibles y obedientes a sus dictados; y sabremos cuánto decir y cuándo callar, qué escritura compartir para ayudarnos a argumentar algo...

Este mensaje a menudo se ve respaldado por Dios con demostraciones de su amor: los carismas. Los carismas son un signo del amor de Dios, que obra en el mundo de hoy. Muchos de los que han experimentado los carismas sienten que han encontrado la "prueba viviente" de que Dios se preocupa por ellos. Tenemos que querer obedecer los dictados de Dios y utilizar los carismas en la proclamación de esta Buena Noticia.

ACTIVACIÓN:

Santiago nos recuerda que hablar simplemente del amor de Dios no es suficiente... debe producirse por medio de la acción. El modo de tratar a los demás es otra manera de demostrar el amor de Dios en nuestro mundo de hoy.

Muchas personas que han tenido un encuentro con el Espíritu Santo se encuentran arrastradas a algún tipo de ministerio tangible: visitar enfermos, alimentar a los hambrientos, defender a los no nacidos... Para ellos es incoherente haber recibido tanto amor de Dios y devolver tan poco al mundo. Por lo tanto se entregan a otros como Cristo se entregó por ellos. Dios utiliza con frecuencia a sus siervos para hacer tangible su amor al mundo de hoy.

INTERCESIÓN:

Orar por las necesidades de otros es la gran manera de ser testigo del amor de Dios. Hasta cierto punto, compartimos las luchas de aquellos por los que oramos. "Pelemos con el ángel" de su parte, para que ellos también puedan experimentar el amor de Dios. La verdadera intercesión no es para que caigamos en un fariseísmo presuntuoso. También nosotros somos pobres pecadores, constantemente necesitados de la misericordia amorosa de Dios. Nuestra oración es sólo nuestra petición para ellos de lo que todos necesitamos: el amor de Dios.

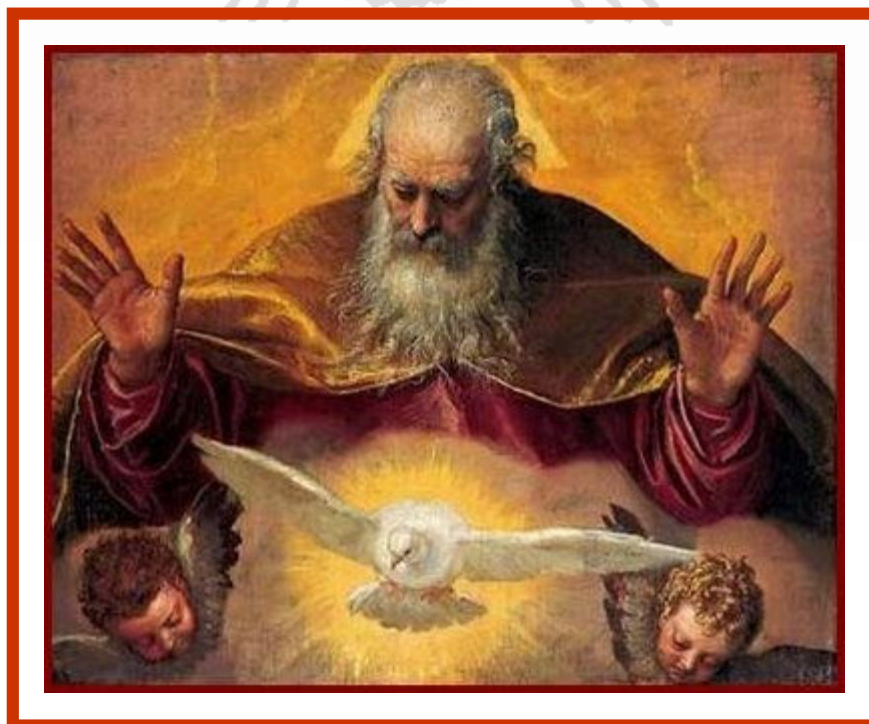
MANIFESTACIÓN:

¿Has estado alguna vez en la mis-

ma habitación que alguien que ha experimentado el amor de Dios? Sus corazones están tan unidos a Dios que su unión es perceptible para los que los rodean. Un sacerdote me contó una vez que gran parte de su conversión personal vino cuando pasó cerca de una monja muy santa. ¡Ni siquiera se hablaron! Mientras pasaba a su lado ¡sintió realmente que su corazón se abrasaba en el amor de Dios! Después de varias veces en la presencia de esta hermana, su propio corazón parecía estar permanentemente "inflamado" y él también comenzó a destilar esa Presencia mística. Todo esto porque literalmente pasó al lado de otro ser humano que llevaba el amor de Dios en su corazón. Nunca infravalores el poder de un corazón inmerso en el amor de Dios porque

puede literalmente cambiar a las personas que entran en su presencia. Desde luego, el testimonio de amor no es algo que simplemente podamos provocar dentro de nosotros mismos. Es todo por gracia de Dios. Si amamos a Dios, si somos dóciles al Espíritu Santo, si nos vemos colmados del amor de Dios y compartimos ese amor con otros... todo es porque Dios nos amó primero.

Los hombres y mujeres de la Renovación Carismática Católica son hombres y mujeres que buscan vivir según el Espíritu de Dios. Aquellos que viven en el Espíritu de Dios se convertirán fundamentalmente en testigos del amor de Dios.





CELEBRACIÓN DE LA PASCUA

LUGAR: “**Casa de oración Santa María**”. Avenida Alcázar 55, Herencia.

Tfno.: 926-57.34.64

FECHA: **Del 9 al 12 de abril.**

HORARIO: Acogida a las 17 h. del día 9, salida el domingo 12 antes de comer.

TRANSPORTE: Hay un autobús a disposición de los que lo soliciten y cuyo importe está incluido en la inscripción.

CÓMO LLEGAR: Autovía de Andalucía (A-4), a la altura del Km. 119-120 aparece el desvío hacia la Autovía de los Viñedos C-42 (Tomelloso - Alcázar de San Juan - Toledo). En la salida 89 de esta última hay que desviarse hacia Alcázar-Herencia, corresponde al segundo rótulo donde anuncia “Herencia”. Se llega a una rotonda y dirección Herencia, a la entrada del pueblo, está la casa.

Para más información: Beatriz Carrasco (beacarrasco2009@gmail.com)

SEMINARIO DE INICIACIÓN

LUGAR: **Cripta de Santa María de Caná.** Avenida de Europa, 6 - Pozuelo de Alarcón - Madrid.

FECHA: **15 de Abril** a las **20:30.**

RETIRO DE PENTECOSTÉS

LUGAR: **Parroquia Santa María de la Esperanza** – Colegio Valdeluz. C/ Fermín Caballero, 53 - Madrid.

FECHA: **Sábado 30 de mayo.**

TRANSPORTE: **Metro** Herrera Oria (línea 9), salida Fermín Caballero. **Autobuses** 49, 67, 124, 133 y 134.

Para más información: Beatriz Carrasco (beacarrasco2009@gmail.com)

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA RELIGIOSAS

LUGAR: **Valladolid – Colegio mayor Castilla** (junto al Seminario).

CALENDARIO: **Del 17 al 24 de julio.**

DIRIGIDOS: P. Antonio, sacerdote diocesano.

ENLACES:

Por e-mail Almudena Vidal avgago7@gmail.com

Por correo normal Juana Belascoain

Colegio de la Inmaculada (Hijas de Jesús)

C/Zabalbide, 141 48015 BILBAO

Por teléfono: 944 454 912 (21 a 22h)

RESEÑA SOBRE EL RETIRO NACIONAL DEL MINISTERIO DE MÚSICA

Queridos hermanos y, principalmente, hermanos del ministerio de Música:

Me piden que escriba unas líneas sobre lo que ha sido el Retiro Nacional de Música que hemos tenido en **Madrid los días 7 y 8 de Marzo**... ¿qué decirnos?... ¡el Señor ha estado muy, muy grande!

Empezamos el retiro con un rato de alabanza, que es lo nuestro, alabar al Rey de Reyes. Desde ese primer momento os puedo decir que la alabanza brotó con mucha fuerza, el Espíritu se había derramado en nuestros corazones antes de llegar a Pozuelo, en los coches y trenes que habíamos tomado... El ambiente era de verdaderos hermanos, muchos no nos conocíamos, pero nos sentíamos unidos como si nos conociéramos de toda la vida.

Pronto tuvimos palabra de Dios a través de pobres instrumentos.

- El Señor nos dijo que estamos ahí, en el ministerio, porque Él nos ha elegido. Esto llena el alma. ¡Somos elegidos por Él!
- Que nuestra función es la de ser puentes, ayudar al pueblo a encontrarse con Él, les ayudamos a pasar a la otra orilla, a su presencia, a través de este puente. Con la música se facilita mucho el encuentro con Cristo. Se nos facilita también el encuentro comunitario, todos juntos alabando, orando a Dios.
- Nos dijo que lo más importante es saber que Él era, Él es y Él será. Esta es nuestra principal misión: reconocer su reinado en nuestro ministerio. Después viene todo lo demás: la música con sus ensayos, las voces, los instrumentos... pero sabiendo que nuestro servicio no es nada sin Él. Por eso es tan importante orar juntos en el ministerio periódicamente. Así Él puede crear su ministerio con gente que ora y escucha su voz.
- No somos cantantes, somos mucho más, somos transmisores de la Palabra de Dios... Esto es muy grande y muy precioso. No interpretamos una canción, estamos transmitiendo a Dios a través de nuestras voces e instrumentos.
- Se nos dieron pautas prácticas para el funcionamiento del ministerio, hay muchos tipos de ministerios de música, según las comunidades, pero todos tenemos el mismo llamado.

Probablemente se me olvidarán muchas cosas pero como ahora se cuelgan las charlas en Internet todo es más fácil.

Tuvimos dos eucaristías con el Señor hablando al corazón:

- ¿quién puede perdonar y amar a su enemigo? Sólo el que recibe la gracia de Dios y hay que pedirla.
- Cómo recibieron la transfiguración de Cristo los apóstoles y cómo la recibimos hoy... pobres apóstoles sin plenitud de Espíritu Santo derramado más tarde en Pentecostés.

Gracias, Señor, por derramarte y gracias porque lo haces gratuitamente y no por nuestros méritos. Ahora entendemos más pero no lo suficiente, danos sabiduría.

Tuvimos ratos de compartir con los hermanos de otras zonas, todos sentimos que el ministerio es un regalo para el pueblo pero muy enriquecedor también para uno mismo. A muchos se nos abrieron nuevas puertas para mejorar nuestros ministerios.

Los ratos de ensayos de nuevas canciones estuvieron muy bien. No se me olvida el vozarrón de los hermanos del Norte, la alegría que tenían los hermanos del sur y cómo se concentraban para aprender al máximo. Algo tendré que decir de nosotros, los del centro, que también disfrutamos mucho compartiendo canciones.

Dijimos que queríamos más retiros de música y se quedó en que por estas fechas el año que viene volveríamos a encontrarnos. Oramos para que sea así y para que el Señor nos siga ungiendo y vaya preparando todo lo que nos tiene que contar.

Muchas gracias a los organizadores, su premio está en la alegría que el Señor nos ha regalado en este retiro.

Gloria al Señor, gloria por siempre.

Charo

Asamblea Internacional de ICCRS

Kkottongnae, Corea del Sur
Lema: “**El amor en acción**”
Del 1 al 9 de junio de 2009
Para más información, visite www.iccrs.org

3er Instituto de Formación de Servidores

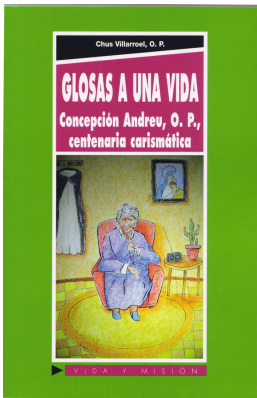
Roma, Italia
Del 5 al 26 de septiembre de 2009
Para más información, visite www.iccrs.org

Retiro Internacional de Sacerdotes

Ars, Francia
Del 27 de septiembre al 3 de octubre de 2009
Cardenal Christoph Schonborn (Arzobispo de Viena)
Patrocinado por la Congregación para el Clero
Para más información, visite www.retraitears2009.org

Acontecimientos Internacionales

Ideas Para Tu Biblioteca



GLOSAS A UNA VIDA - Concepción Andreu, O.P., centenario carismática Chus Villarroel, O.P.

Dios ha escogido lo necio del mundo para humillar a los sabios, y lo débil del mundo para humillar el poder, dice San Pablo (1Co 1,17). La vida de Concepción Andreu es una aplicación personal de esta doctrina sobre los criterios de Dios.

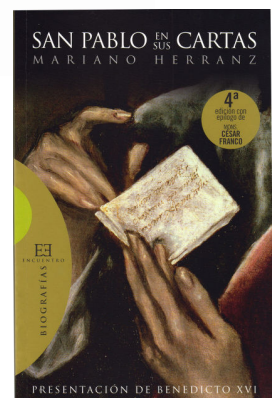
La menor de 17 hermanas y un hermano, que abandonaron su aldea de Jaén para buscarse la vida y la dejaron sola con sus ancianos padres, dedicó sus primeros años a apacentar un pequeño rebaño de cabras. Quedó huérfana a los diez años y la acogieron en Granada para hacer recados. Cuando la edad se lo permitió, ingresó en las dominicas contemplativas de Antequera, pero hubo de dejar el monasterio a los pocos años. Contrajo matrimonio, fue madre de familia, sufrió la dureza de la guerra civil y de la posguerra en Madrid, hasta quedar completamente sola. Y, a los 81 años, en la soledad, se encontró con Dios vivo: fue una liberación que echaba por tierra los rígidos esquemas de un Dios-juez, castigador, que oprimían su corazón. A esa edad pudo exclamar: *Por primera vez en mi vida me siento con ganas de vivir*, y vivió hasta la edad de 102 años. Su vinculación a la Orden dominicana se intensificó con la dirección espiritual del dominico Chus Villarroel, con el que también compartió la espiritualidad de la Renovación carismática.

SAN PABLO EN SUS CARTAS

Mariano Herranz

Precedido por las recientes catequesis de Benedicto XVI sobre san Pablo, el presente volumen nos ofrece una excelente introducción al estudio científico de la personalidad del Apóstol, tomando inspiración en las cartas que afortunadamente nos dejó. En sus páginas respiramos y vivimos el espíritu y la realidad concreta de la vida de san Pablo, y nos proporcionan momentos de verdadero descanso.

El autor, uno de los mejores biblistas españoles, presenta así una obra de divulgación pensada para un amplio círculo de lectores, pero con la profundidad propia del complejo mundo de la exégesis bíblica. De su lectura se podrán beneficiar tanto los predicadores o catequistas como cualquier cristiano que quiera dejarse tocar por la persona de Pablo.



A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico gratis.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Queremos recordaros también que en las direcciones que aparecen debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Direcciones secretaría:

Teléfono: 91.547.90.87 (Beatriz Carrasco)

E-mail: beacarrasco2009@gmail.com

Dirección postal: Beatriz Carrasco

C/ Cadarso, 10, 4ª Ctro. Izda.
28008 MADRID

Tu equipo de servidoras en la zona centro:

Mamen Sánchez, Mamen Macías, Dori Fernández,
Encarna Arnedo, Irene Laín.